



Son numerosos los jóvenes que han resuelto el problema de su vivienda con barcas. En ella albergan también a compañeros que pasan por Amsterdam.

Así aparecieron, ante el asombro del mundo, lugares como Paradiso y Fantasio, donde se fumaban drogas suaves y se copulaba abiertamente, en una atmósfera de Haz Lo Que Quieras. En otro frente, los «provos» lograron en junio de 1966 que se eligiera uno de sus candidatos para el puesto de concejal. Este concejal, Bernhard de Vries, se presentaba en las reuniones municipales descalzo, ofrecía cortésmente a sus colegas cigarrillos de marihuana y abogaba por inteligentes y radicales soluciones a los problemas urbanos.

Las tácticas de los «provos» fueron utilizadas por grupos que se apropiaron del nombre en Berkeley, Berlín, Zurich, Copenhague, etcétera. En particular, el YIP (Partido Internacional de la Juventud) de Nueva York llevó el arte de utilizar la media como arma propagandística a su más alta expresión. Los «hippies», encabezados por Abbie Hoffman y Jerry Rubin, utilizaron la política del juego (¡Playpower!) en un intento de crear una nueva y anárquica realidad. Pero al mismo tiempo, en Amsterdam se empezó a sentir el cansancio de «ser provos» y el grupo empezó a desmembrarse, entre acusaciones

a los líderes de haberse convertido en estrellas de la revolución y recriminaciones por parte del ala marxista de falta de base teórica al movimiento. «Provo», que había llegado a tener una tirada de 20.000 ejemplares, cesó de publicarse en abril de 1967. Le sustituyó «Witte Krant», que sólo duró hasta febrero del siguiente año. No es que los «provos» se cortaran el pelo y se integraran a la vida de trabajo y ocio programados. Simplemente ocurrió que la masa de seguidores del movimiento y muchos miembros del grupo central de «provos» se sintieron satisfechos con lo conseguido y se dispusieron a disfrutar del gran «Freak Out» de los primeros años de la época «hippie».

El desvanecimiento de los «provos» como grupo de la escena no estuvo desprovisto de humor. Rob Stolk, uno de los cabecillas, leyó un día una reseña en un periódico sobre la donación de un archivo de un particular a cierta institución cultural. Inmediatamente, puso una llamada anónima a la redacción de uno de los periódicos serios de la ciudad y les anunció que había llegado a Amsterdam un representante de una importante Universidad ame-

ricana, con objeto de adquirir los archivos de los «provos». Al día siguiente, la primera página del periódico preguntaba: «¿SE VAN LOS ARCHIVOS "PROVOS" A U.S.A.?». ¡Conmoción nacional! Comentaristas y editorialistas alzaron airadamente su voz, exigiendo que no se permitiera que documentos de tal importancia fueran exportados a América, mientras que los «provos» se miraban unos a otros con incredulidad (¡no había ningún archivo!). Varias Universidades y fundaciones holandesas se apresuraron a ponerse en contacto con los «provos», con la misión de comprar los famosos archivos. Con toda rapidez, Rob y los demás prepararon una colección de revistas, panfletos y octavillas del movimiento, junto con un puñado de «documentos secretos» falsificados, y se llegó a un acuerdo con el Departamento de Psicología de Masas de la Universidad de Amsterdam, que convino en pagar cerca de 300.000 pesetas por los «archivos» y en permitir acceso libre a los «provos» a sus antiguos archivos. Y así acabaron los «provos»: no con una violenta explosión, sino entre las carcajadas de aquella última burla a los burgueses.

## Los «kabouters»

A. A. D. Nuis, un sociólogo holandés, escribía en 1967 que los «provos» eran verdaderos rebeldes sin causa: «De hecho, lo más extraordinario es la carencia de una motivación para protestar contra el orden establecido». No hay, razonaba él, soldados holandeses muriendo en un país asiático, no existen minorías oprimidas, el nivel de vida es alto, etcétera, etcétera. Tal vez un «provo» hubiera asentido a tan simplistas afirmaciones, pero en los meses siguientes fueron muchos los jóvenes holandeses que descubrieron razones para rebelarse al conocer la otra cara de su país. Primero, pudo ser el disgusto ante el servicio militar obligatorio, que allí dura dos años. Luego, el ver que Holanda, país miembro de la NATO, sancionaba las políticas fascistas y colonialistas de otros países miembros, como Grecia y Portugal. En aras de las buenas relaciones internacionales, Holanda tampoco ha recriminado oficialmente, tal como lo han hecho otros países europeos, la intervención americana en Vietnam. Y si les quedaba alguna duda sobre qué lado se alinea su país, sólo tuvieron que recor-

## AMSTERDAM

dar la crisis indonesia de 1965, en que Sukarno fue depuesto y medio millón de supuestos comunistas asesinados, durante la cual el Gobierno de La Haya no hizo la mínima mención de presionar sobre su antigua ex colonia para evitar la masacre (con la esperanza de que los nuevos amos de Indonesia serían mejores guardianes de las inversiones holandesas). Y dentro de la feliz y próspera Holanda, las tensiones producidas por la discriminación de hecho contra las minorías de emigrantes han producido amargas confrontaciones. Un grupo radical de indonesios exiliados, los Zuid Mollukkers, ha promovido violencias, como la ocupación militar, en 1970, de la Embajada del Gobierno de Suharto, en protesta de una proyectada visita de éste, acción que produjo la muerte de un policía. Y más particularmente, los habitantes de Amsterdam han visto que su ciudad está en trance de ser desfigurada por las obras emprendidas por los tecnócratas locales.

La ocupación de la Universidad y otras actividades de la época pos-«provos» no tuvieron demasiada repercusión, ya que se carecía de una imagen clara y difundible que pudiera ser digerida por los medios de comunicación. Hasta que repentinamente surgió la palabra mágica: «kabouters», que sirve para designar una especie de duendecillos, trasgos o gnomos que aparece frecuentemente en el folklore holandés. Alguien dice que el nombre se empezó a aplicar a Rip van Winkle, un pequeño e hirsuto activista que recorría Amsterdam en una moto plateada y que era una figura popular en el «underground» de la ciudad. De cualquier forma, el nombre se extendió y el movimiento de los «kabouters», agrupando los restos de los grupos «provos» y a la nueva generación de anarquistas inspirados por el ácido, comenzó sus actividades a principios de 1970. Los duendes sustitúan a los provocadores en el papel de tropas de choque contra el sistema, y su entrada en la vida pública holandesa fue la proclamación del Orange Vrijstaat, o Estado Libre de Orange. Los «kabouters» formaban un Estado independiente dentro de Holanda y, para añadir confusión, adoptaron el nombre con que los «boers» intentaron separarse de Sudáfrica.

Con toda seriedad, los «kabouters» dieron a conocer la constitución de su país, contenida en el «Staats Courant», así como la organización de su Gobierno en doce ramas, tales como el Departamento de Sabotaje y Erotismo y el Comité de Satisfacción. Roel van Duyn, editor de «Pro-

vo» y autor del «Courant», fue nombrado embajador del naciente Estado ante Holanda. Naturalmente, el Oranje Vrijstaat era una farsa, un delicioso mito que funcionó perfectamente en cuanto sirvió para agrupar a los jóvenes holandeses bajo una idea común, al menos durante unos meses. Los «kabouters» tenían su cuartel general en el KAK (Club de Alternativas Críticas), un edificio subvencionado por el fondo estatal para estudiantes, localizado muy cerca de la Embajada USA, la Academia de Policía y otros «enclaves del enemigo». En el KAK había espacio para dormir, se vendía comida macrobiótica a buenos precios, se editaba «Kabouterkankt» y se reunían semanalmente los titulares de cada departamento para planear las futuras tácticas y acciones.

Las confrontaciones no se hicieron esperar. Casi todas tuvieron por escenario el Dam, la plaza central de Amsterdam, el corazón de la Manzana Mágica. Allí, alrededor del fálico monumento a los muertos durante la guerra, se reunían los «kabouters» y sus simpatizantes para hablar o gozar del sol. En la mañana del 30 de abril, cumpleaños de la Reina, había tanta gente en el Dam que se cortó la circulación. Llegó la Policía y lo despejaron. Pero los «freaks» volvieron después de comer, en una orgía de destrucción. Las máquinas automáticas fueron despanzurradas y saqueadas, los Bancos y tiendas se quedaron sin cristales, bancos y coches se usaron para formar barricadas contra la Policía, etcétera, etcétera. Y el 5 de mayo, día de la Liberación, los que no estaban heridos o arrestados se agruparon en el Dam. En vez de enfrentarse con las fuerzas públicas, se decidió «liberar» edificios deshabitados. Unas 30 casas fueron ocupadas, una de ellas al lado de la del alcalde. En toda Holanda fueron cerca de 300 los edificios propiedad de especuladores o abandonados por sus malas condiciones que pasaron a ser (y la mayor parte aún permanecen) domicilio para los intrusos. Pero el «climax» llegó en agosto. Amsterdam estaba lleno de «damslappers» («hippies» extranjeros) que dormían en el Dam o en calles adyacentes, provocando la ira de los propietarios de aquel sector. El alcalde decidió prohibir la permanencia en el Dam, y la explosión fue inmediata. Durante tres noches, «kabouters», «damslappers» y docenas de adolescentes aburridos combatieron contra la Policía de Amsterdam, la Policía de la Reina, las fuerzas antidisturbios de todo el país y grupos de marineros y chulos que



La escena de la derecha corresponde a la campaña «blanca» que lanzaron los

querían aplastar la cabeza de un «hippy» o dos. Todo era parte de la diversión veraniega. Como recuerda uno de los participantes: «Sí que fue una gran fiesta. Corriendo y saltando de un lado a otro, buscando piedras para lanzárselas, tratando de derribar a los policías de las motos, mojado de pies a cabeza por sus cañones de agua... ¡maravilloso! Hasta que llegué a casa no me di cuenta de que tenía la ropa hecha trozos, de que estaba sangrando por las rodillas, las manos y la cara. Y lo extraño de darse cuenta de que no has sido sino un bicho más en una estampida ciega. Inicialmente piensas que la calle es tu lugar, que estás allí porque debes de estar, porque hay que luchar contra algo detestable. Pero luego te atontas con la acción, sólo piensas en lo excitante que es aquello».

En consonancia con su nombre, los «kabouters» se preocuparon de presentar otra cara más amable ante el electorado holandés. Tras una activa campaña, en las elecciones de aquel año (1970), el partido Kabouter consiguió el 11 por 100 de los votos en Amsterdam, lo que les dio derecho a cinco puestos en el Consejo Municipal. Otros seis ciudades del país. Los partidos de izquierdas y derechas iban a tener pronto sus primeros contactos con el estilo «kabouter» de política: «Proponemos que se cambie el nombre de Ministerio de Defensa a Ministerio de la Ofensa... El Ejército nacional debe ser desarmado y dividido en grupos de juglares y comediantes». Pero con la ayuda de los concejales comunistas y socialistas, otras propuestas reformistas de los «kabouters» sobre cuestiones urbanas fueron adoptadas. Conscientes de la incongruencia de estas alianzas, los cinco concejales «kabouters» hicieron lo posi-

ble para no dejarse pasar una sola de las inconsistencias y vergonzosas capitulaciones por las que sus colegas pasaban, para burlarse y colocarlos en situaciones embarazosas. Una de sus proposiciones fue la de que se nombrara teniente de alcalde a un comunista. La idea era esperar a que el alcalde estuviese ausente, provocar una confrontación sobre alguna cuestión social y obligar a los comunistas a usar a la Policía.

Durante unos meses, los «kabouters» funcionaron a pleno rendimiento. Combinando la propaganda con el trabajo a nivel de vecindad, preocupándose por las necesidades del vecino de al lado, como decía una máxima del partido, se amasó una sólida base de soporte entre gente que de otra forma se hubiera espantado ante ellos. Hasta pareció que los «kabouters» iban camino de convertirse en una de las grandes fuerzas políticas a nivel nacional e incluso internacional. Periodistas y equipos de televisión de toda Europa visitaban continuamente el KAK, solicitando entrevistas, inseguros de si tenían que verse con los descendientes de Bakunin o con unos aventajados discípulos de la escuela de los hermanos Marx. Y es que, como en el período «provo», no faltaron los episodios cómicos. Un grupo de aficionados a la radio que intentaban lograr un permiso para usar la emisora del Gobierno encontró cierto día que —gracias al error de una computadora trastornada— su cuenta bancaria tenía 35.000 florines de más. Inmediatamente donaron parte del dinero al Estado Libre de Orange, y éste, a su vez, entregó una cantidad a un grupo de «terroristas mentales». Estos usaron el inesperado regalo para imprimir una gran tirada de falsos billetes de



provos». De Vries y Drost pintan una bicicleta ante el palacio real del Dam. A la izquierda, las fuerzas del orden cuidan de que los rebeldes se mantengan en sus «ghettos».

2.000 florines, sobre el modelo de los de 1.000. Un comando se trasladó a un edificio alto del centro comercial durante la hora punta y empezó a lanzar desde todas las ventanas aquellas piezas de papel. Los habitualmente pacíficos ciudadanos corrían, se empujaban y peleaban hasta que advirtieron que había algo raro en aquellos billetes. La segunda parte de esta historia, no confirmada pero plausible, es que algunos «hippies» viajeros han encontrado que los banqueros de la India o Nepal aceptan embelesados los billetes de 2.000 florines.

**Hoy y mañana**

A finales de 1971, el partido Kabouter se disolvió como resultado de las disensiones entre el ala anarquista y los moderados, que estaban más interesados en usar el juego político tradicional. El panorama político del «underground» de Amsterdam, en la actualidad es confuso. Los grupos más activos son la Rode Jeugd (Juventud Roja, tendencias maoistas), Dole Mina (el más promotor, actualmente concentrado en las reivindicaciones feministas), el Partido de Socialistas Pacifistas (no propiamente «underground», pero con gran soporte entre los «freaks» holandeses) y Zoos (grupo de homosexuales activistas). Uno de los más significativos conflictos de los últimos meses ocurrió en Nieuwmarkt, un pequeño barrio que iba a ser destruido para facilitar las obras del Metro. El proyecto de construir una red de transportes subterráneos había sido ya combatido sin éxito por los «kabouters». Amsterdam tiene un subsuelo con un altísimo porcentaje de líquido y tal

obra sólo podría contribuir a destruir algunos de los más antiguos y bellos edificios. Por otra parte, el sistema de tranvías y autobuses urbanos funciona eficientemente. Y, lo más importante, la comunidad de Nieuwmarkt decidió que aquello no era sino un plan para desalojarlos y distribuirlos en apartamentos de las afueras, donde no constituirían una fuerza importante. La comunidad de Nieuwmarkt se resistió al desahucio, llegando a expulsar violentamente a la Policía y los trabajadores municipales. Nieuwmarkt funciona hoy como un enclave libre, que publica su propio periódico e incluso dispone de una emisora clandestina que trabaja una vez a la semana. Algo parecido ocurre en Jordaan, que es el último de los pequeños pueblos cuya unión dio lugar a Amsterdam. Ambas comunidades han lanzado un Manifiesto por la Vida, delineando sus proyectos inmediatos (abolición de la propiedad privada del suelo, socialización de la Medicina, expulsión de chulos, prostitutas, vendedores de drogas fuertes, políticos y otros elementos contrarrevolucionarios, etcétera) y afirmándose en los principios de la Metamorfosis Social, el Fin de las Barreras Humanas y el Entusiasmo Colectivo o Fin de la Apatía. («Las áreas liberadas de Jordaan y Nieuwmarkt no deben confiar a representantes el efectuar el trabajo social que la gente debiera realizar por sí misma. Cualquiera que busque la posición de líder [persona con ansia de poder y ambiciones jerárquicas, institucionalizadoras o dictatoriales] será deportado».) Naturalmente, la existencia de tales enclaves es el resultado de una política de «laissez faire» por parte de las autoridades de la ciudad. Amsterdam es la ciudadela de los partidos de la iz-

quierda en un país dominado por una coalición cristiana de carácter conservador. La habilidad de los grupos marginados para manejar a comunistas y socialistas explica en parte el clima de libertad en la ciudad. El futuro de la comunidad revolucionaria de Amsterdam depende de que el delicado balance de sus relaciones con la estructura del poder no se altere. ¿Hasta qué punto es este juego de concesiones y compromisos una verdadera alternativa? Para el revolucionario alienado de cualquier otro país europeo, la situación del «underground» holandés parece un clarísimo ejemplo de asimilación de la contracultura dentro de la supraestructura capitalista. Los elementos activistas han eliminado prácticamente las aristas revolucionarias de sus programas para poder entrar por la puerta grande de la tolerancia gubernamental, que conduce a la vida fácil de la dependencia económica. Como buenos comerciantes que son, los holandeses han llegado a la conclusión de que la tolerancia mediante la subvención estatal es menos costosa y dolorosa que la represión violenta. Y así la subcultura holandesa está totalmente dependiente de los subsidios para «actividades juveniles» y, a nivel personal, del cheque mensual de desempleo. Sobre las ruinas de la utópica «nueva sociedad» se alza un imperio económico que se ocupa de abastecer las necesidades de los revolucionarios, se trate de drogas, música, vestimentas o arte. Toda esta permisividad, dicen algunos, ha sido alentada por las fuerzas que han movido desde siempre la vida de la nación, los comerciantes, que desean traficar con bienes —como la pornografía y las drogas—, hasta ahora intocables. El resultado es que si discutes esto con los miembros del «under-

ground», recibirás respuestas cínicas o ingenuas para justificar las contradicciones de un estilo de vida tan poco ortodoxo, pero que está totalmente integrado. Los elementos más perspicaces entre los activistas reconocieron tempranamente los peligros del paternalismo gubernamental. En uno de los primeros números de «Provo», Roel van Duyn escribía que «el Sol se levantará por el Oeste antes de que haya una revolución en Holanda». Otros de los constructores de la contracultura holandesa han manifestado su repugnancia ante el estilo de vida de la comunidad «hip». Muchos artistas holandeses se han exiliado o, al menos, se han alejado todo lo posible de los estériles círculos artísticos que viven de la generosidad oficial. Pero otros revolucionarios, como André Schmidt o Koos Wart, se mueven confortablemente entre esta enrarecida atmósfera. Schmidt, con cuarenta y siete años, es un antiguo ejecutivo que se radicalizó convirtiéndose en uno de los más activos «kabouters», todo ello sin dejar su Jaguar rojo y su lujoso piso en uno de los barrios elegantes de Amsterdam. Wart dirige Provadya, una organización que cuenta con 350.000 miembros entre los jóvenes holandeses, y mediante la cual se elevan peticiones al Gobierno para asistencia, concesión de fondos, acceso a los medios de comunicación, etcétera. Entre otras cosas ha logrado establecer una cadena de clubs similares al Paradiso por toda Holanda, clubs en que se tiene una casi completa libertad. Alguien los ha llamado los «ghettos psicodélicos». Wart responde a las críticas de los que él llama «estúpidos teóricos de fuera» diciendo que «nadie que no sea holandés puede comprender la forma en que funcionan las cosas en nuestro país». ■ D. A. M.